

# Sentir nunca se olvida

Vanessa Salazar

El temor más grande de mi vida era que mis abuelos se olvidaran de quién era yo. Por vivir al exterior toda mi vida, y al visitar solamente una vez al año, ¿sería que se acordaran de mí? Cada año, en mi apartamento en Colombia, celebrábamos el cumpleaños de mi papá. La tertulia que se armaba era impresionante! Los primos y tíos tomaban turnos tocando piano, guitarra, cantando y echando chistes. Las carcajadas se oían y los cuerpos de los artistas bailaban, se torcían y se doblegaban al no poder de la risa. Salían los tamales rellenos de cerdo, pollo, arroz y garbanzo, servidos con un trozo de pan caliente de la panadería de la esquina y una gaseosa que más colombiana, no podía ser. Los ojos de cada invitado se pegaban contra el techo al ver salir el tamal. Cada bocado de él dejaba el cuarto latiendo en un tono unísono de “hmm” y “ahh”, y cada vaso de refresco les humedecía la garganta para seguir con el canto.

En una silla, quieta, calladita, observando el relajo que armaba su familia, estaba mi abuelita Teresa. Había cumplido los 90 años hacía seis meses y cada vez se veía más delicada, más arrugadita y más tierna. “Mamá, ésta es Vanecita, la hija de Julio”, le decía mi tía Alejandra a mi abuelita cuando iba yo a sentarme junto a ella. “Ay, mi chinito”, contestaba la Señora Teresa rememorando a mi papá con un cariño, como si fuera todavía un pequeñito, hijo de ella. Me miraba.

Queriendo saber qué especulaban esos ojos que me miraban con ternura, decidí que aunque no me reconociera, la quería consentir. El ruido de la sala bombeaba contra mis tímpanos. Preocupada de asustar a mi abuelita, yo le acariciaba una mano pequeña y gordita con unas arrugas que manifestaban todos los caminos de la vida que había vivido ella. En un momento, ella movió su mano y puso la mía en la suya. Con la fuerza que le quedaba en los brazos, subió mi mano a su cara y me dio un beso en la mano, posicionando mi mano contra su mejilla. Las lágrimas empezaron a derramarse de mis ojos.

Mi abuelita no tenía que reconocirme por completo; ella entendía que yo era su nieta y que al sentarme a consentirla, le mostraba amor. Al envejecer, uno puede olvidarse de las palabras para comunicar lo que pudo haber pasado ayer y en dónde vive uno, pero no se olvidan los sentimientos. Con tantos de sus descendientes en el apartamento, mi abuelita siente la presencia del amor y el cariño de su familia. Ella nunca se olvidará cómo es dar el amor de una abuela. El latido de su corazón cada vez irradia más amor, y esos sentimientos que viven en ella se reparten por cuatro generaciones, haciéndola la mujer más fuerte de todas.